

CON AUDACIA ENTRE TODOS, UN PAÍS EDUCATIVO

***Mensaje del cardenal Jorge Mario Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires
a las Comunidades Educativas
21 de abril de 2004***

Queridos educadores:

No es ninguna novedad decir que vivimos tiempos difíciles. Ustedes lo saben, lo palpan día a día en el aula. Muchas veces habrán sentido que sus fuerzas son pocas para enfrentar las angustias que las familias cargan sobre sus espaldas y las expectativas que sobre ustedes se concentran. El mensaje de este año quiere ubicarse en ese lugar y quiere invitarlos a descubrir una vez más la grandeza de la vocación que han recibido. Si miramos a Jesús, Sabiduría de Dios encarnada, podremos darnos cuenta de que las dificultades se tornan desafíos, los desafíos apelan a la esperanza y generan la alegría de saberse artífices de algo nuevo. Todo ello, sin duda, nos impulsa a seguir dando lo mejor de nosotros mismos.

Estas cosas son las que hoy quiero compartir con ustedes. Los cristianos tenemos un aporte específico que hacer en nuestra Patria y ustedes, educadoras y educadores, deben ser protagonistas de un cambio que no puede tardar. A ello los invito y para ello pongo en ustedes mi confianza y les ofrezco mi servicio de Pastor.

En este último año se hizo popular la afirmación de que los argentinos hemos “recuperado la esperanza”. Habría que ver si se trata de aquella auténtica esperanza que nos abre a un futuro cualitativamente distinto (aunque no tenga una denominación explícitamente religiosa), o si estamos dispuestos simplemente a volver a ilusionarnos una vez más, con todos los riesgos que eso implica. De cualquier manera, vamos a tomar ese “cambio de humor” como punto de partida para hacer algunas reflexiones. Ciñéndonos a lo que aquí nos interesa, que es la cuestión de los valores que sostienen y justifican nuestra tarea como educadores, les propongo ubicarnos en un escenario que puede dar lugar a planteos interesantes: el escenario de la reconstrucción de la comunidad.

El panorama de los últimos años en nuestro país nos ha llevado a reconocer un problema “de fondo”, una crisis de creencias y valores y, como todo reconocimiento, nos pone de frente al desafío de buscarle solución. Allí es donde la idea de “reconstrucción” resulta bastante más que una metáfora. No se trata de “volver atrás”, como si nada hubiera pasado o como si nada se hubiese aprendido. Tampoco de “quitar” algo pernicioso, una especie de tumor en nuestra conciencia colectiva, suponiendo que “antes” el organismo poseía “plena salud”. Si hablamos de “reconstrucción” es porque somos conscientes de la imposibilidad de saltarnos y sobrepasar lo histórico. “Reconstruir” significa, en este caso, volver a poner en primer plano los fines, los deseos y los ideales y encontrar nuevas formas más eficaces de orientar nuestras acciones hacia esos fines, deseos e ideales, articulando esfuerzos y generando realidades (exteriores e interiores, instituciones y hábitos) que permitan sostener coherente y compartidamente la marcha.

A nadie se le escapa que la educación es uno de los pilares principales para esta reconstrucción del sentido de comunidad, aunque ella no pueda dissociarse de otras dimensiones igualmente

fundamentales como son la económica y la política. Si es certero el diagnóstico que ubica la crisis no sólo en los yerros de una macroeconomía carente de visión (o con una visión distorsionada de su lugar y función en una comunidad nacional) sino también en un nivel político, cultural y -más hondamente todavía- moral, la tarea será larga y consistirá más en una “siembra” que en una serie de rápidas modificaciones. Por ello, no creo exagerar si afirmo que cualquier proyecto que no ponga la educación en un lugar prioritario será sólo “más de lo mismo”.

Ahora bien, como educadores cristianos ante el desafío de hacer nuestro aporte a la reconstrucción de la comunidad nacional, necesitamos operar una serie de discernimientos relativos a aquello que, al menos a nuestro juicio, debe ser priorizado. La fecundidad de nuestros esfuerzos no depende solamente de las condiciones subjetivas, del grado de entrega, generosidad y compromiso que podamos alcanzar. También depende del acierto “objetivo” de nuestras decisiones y acciones.

Comprender, interpretar y discernir son momentos imprescindibles de todo actuar responsable y consistente, de todo camino en esperanza. Los cristianos tenemos un punto de partida, una referencia que se nos brinda como luz y guía. No caminamos a ciegas, no tanteamos en nuestra búsqueda de sentido orientándonos solamente por un método de “prueba y error”. El discernimiento cristiano es justamente cristiano porque toma como eje a Jesucristo, Sabiduría de Dios (1 Co 1, 24.30). Si se trata de “entender”, de “dar sentido”, de “saber” hacia dónde ir, los cristianos tenemos una fuente inagotable que es la Sabiduría divina hecha carne, hecha hombre, hecha historia. Allí hemos de volver, una y otra vez, en busca de iluminación, inspiración y fuerza.

I. NUESTRO CIMIENTO: CRISTO, SABIDURÍA DE DIOS

a) Los tres lados de la sabiduría

¿Qué significa hablar de “sabiduría”? En primer lugar, está claro que se trata de algo del orden del conocimiento. Es un primer sentido de “saber”: conocer, entender. Ser sabios, vivir con sabiduría, implica muchas cosas pero nunca puede dejarse de lado el aspecto “intelectual”. Como educadores, el servicio a la sabiduría de nuestro pueblo es -en gran medida- un servicio al crecimiento en el orden cognitivo. Si hoy tenemos en cuenta los aspectos vivenciales, afectivos, vinculares, actitudinales... todo eso no puede darse en desmedro de una fuerte apuesta a lo intelectual. En eso debemos reconocer su parte de verdad a la matriz, quizás ilustrada o enciclopedista, de la educación argentina “fundacional”. Una persona que conoce más, que ha cultivado su capacidad de informarse, evaluar y reflexionar, de incorporar nuevas ideas y ponerlas en relación con las anteriores para producir nuevos sentidos, tiene en sus manos una herramienta invaluable no sólo para abrirse camino en lo que hace al trabajo y el “éxito” en la vida social; también posee elementos valiosísimos para desarrollarse como persona, para crecer en el sentido de “ser” mejor.

No en vano la Iglesia ha visto desde siempre la importancia, en la educación, de la actividad intelectual además de la educación estrictamente religiosa. El saber no sólo “no ocupa lugar”, como decían nuestras abuelas, sino que “abre espacio”, “multiplica lugar” para el desarrollo humano.

Aquí, todavía en el inicio de nuestra meditación, tenemos ya un punto concreto para revisar y conversar en nuestras comunidades educativas. Con mucha razón ponemos el acento en la vida

comunitaria, en amplificar nuestra capacidad de acogida y contención, en crear lazos humanos y ambientes de alegría y amor que permitan a nuestros niños y jóvenes crecer y dar fruto. Y hacemos bien: muchas veces esos aportes básicos les son negados por una sociedad cada vez más dura, exitista, competitiva, individualista. Pero todo ello no puede hacerse a costa de la tarea indispensable de alimentar y formar la inteligencia. Hoy está de moda la palabra “excelencia”, a veces con un sentido ambiguo sobre el cual más tarde volveremos, pero rescatemos de esa moda el imperativo de trabajar en serio en el plano de la transmisión y creación de conocimientos de todo tipo. Parafraseando ese término de moda: busquemos una educación “de inteligencia”.

Pero la sabiduría no se agota en el conocimiento. “Saber” significa también “gustar”. Se “saben” conocimientos... y también se “saben” sabores. ¿Qué le aporta esta dimensión a lo que venimos diciendo? El aspecto “afectivo” y “estético”: sabemos y amamos lo que sabemos. Educar será, entonces, mucho más que ofrecer conocimientos: será ayudar a que nuestros chicos y jóvenes puedan valorarlos y contemplarlos, puedan hacerlos carne. Supone un trabajo no sólo sobre la inteligencia sino también sobre la voluntad. Apostamos a la libertad personal como última síntesis del modo humano de estar en el mundo, pero no una libertad indeterminada (¡inexistente!) sino abonada por experiencias de seguridad, de gozo, de amor dado y recibido.

No estoy hablando de que “a los chicos les guste” ir a aprender en la escuela. La búsqueda de sabiduría como “sabor” no se reduce a una cuestión de “motivación”, aunque la incluya. Se trata de que puedan “sentir” el gozo de la palabra, del dar y recibir, de escuchar y compartir, de comprender el mundo que los rodea y los lazos que a él los unen, de maravillarse con el misterio de la creación y de su punto culminante: el hombre. Volveremos sobre estas cuestiones. Por ahora, dejemos apuntado que nuestra tarea educativa tiene que despertar el sentimiento del mundo y la sociedad como hogar. Educación “para el habitar”: imprescindible camino para ser humanos y para reconocernos hijos de Dios.

Todavía quiero llamar la atención sobre un tercer “lado”, una tercera dimensión de la sabiduría. Sabio es el que no sólo sabe sobre las cosas, las contempla y las ama, sino que logra integrarse a ellas a través de la elección de un rumbo y de las múltiples opciones concretas y hasta cotidianas que la fidelidad le exige. Un lado, entonces, “práctico”, en el cual se resuelven los dos anteriores. Esta dimensión coincide con el sentido antiguo de “Sabiduría” presente en la Biblia: capacidad para orientarse en la vida, de modo que un obrar prudente y hábil fructifique en plenitud existencial y felicidad. “Saber” lo que “vale la pena” y lo que no: un saber ético que, lejos de constreñir e inhibir las posibilidades humanas, las despliega y desarrolla máximamente. Un saber moral opuesto tanto a “inmoral” como a “desmoralizado”. También saber “cómo hacerlo”: un saber “práctico” no sólo en relación con los fines, sino con los medios disponibles para no quedarnos en las buenas intenciones. Esta tercera dimensión de sabiduría es la que pedía el rey Salomón como gracia para poder gobernar a su pueblo (Cfr. Sab. 9, 1-11)

Queremos una escuela de sabiduría... como una especie de laboratorio existencial, ético y social, donde los chicos y jóvenes puedan experimentar qué cosas les permiten desarrollarse en plenitud y construyan las habilidades necesarias para llevar adelante sus proyectos de vida. Un lugar donde maestros “sabios”, es decir, personas cuya cotidianeidad y proyección encarnan un modelo de vida “deseable”, ofrezcan elementos y recursos que puedan ahorrarle, a los que empiezan el camino, algo del sufrimiento de hacerlo “desde cero” experimentando en la propia carne elecciones erróneas o destructivas.

Promover una sabiduría que implique (Mt 7, 21), o de hacer lo que Jesús, el maestro, conocimiento, valoración y práctica, es un ideal digno de presidir cualquier empeño educativo. Quien pueda aportar algo así a su comunidad habrá contribuido a la felicidad colectiva de un modo incalculable. Y, como decíamos, los cristianos poseemos en Jesucristo un principio y una plenitud de sabiduría que no tenemos derecho a retener dentro de nuestros espacios confesionales. No de otra cosa se trata la evangelización a que nos urge el Señor: compartir una sabiduría que desde el principio fue destinada a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos. Renovemos con audacia el ardor del anuncio, de la propuesta que sabemos colma las búsquedas hondas, silenciadas por tanta vorágine, hagámoslo cada día e intentando llegar a todos.

b) Edificar sobre roca

Esta es nuestra convicción, como cristianos. Pero todavía tenemos que hacer un largo discernimiento para comprender la novedad radical de que somos depositarios. Al fin y al cabo, los fracasos históricos y hasta los horrores y aberraciones más increíbles que hemos vivido como pueblo han tenido a veces como protagonistas a hermanos nuestros que confesaban nuestra misma fe y compartían nuestras celebraciones. Proclamar el nombre de Jesucristo no nos exime ni del error ni de la maldad. Ya lo dijo el mismo Jesús: no basta con decir “¡Señor, Señor!” si no se hace la voluntad del Padre (Mt 7, 21- 23). No se trata sólo de “mala intención”, o de “lobos con piel de oveja”. Es muy fácil decir que “al fin y al cabo, en realidad, en el fondo de su corazón, nunca fueron de los nuestros”: así preservamos nuestras seguridades meramente nominales, expulsando afuera aquellos elementos que nos harían preguntarnos acerca de la profundidad y solidez de nuestras creencias y prácticas. Sigamos prestando atención a las palabras del Señor que acabamos de recordar. En los versículos que siguen, Jesús prosigue su enseñanza con la parábola del hombre que edifica su casa sobre roca. “Cayeron las lluvias, se precipitaron los torrentes, soplaron los vientos y sacudieron la casa; pero ésta no se derrumbó porque estaba construida sobre roca” (Mt 7, 25). Las imágenes de “lluvias”, “torrentes” y “vientos” pueden dar a esa construcción una cierta impresión de pasividad: simplemente “aguanta”. “Aguanta” manteniendo su fe, sus convicciones, en medio de las adversidades del mundo. Pero la inmediata relación de la parábola con las declaraciones anteriores de Jesús (“no son los que dicen Señor, Señor...”) nos ubican en un lugar completamente distinto; refieren a más. Se trata de “hacer la voluntad del Padre que está en el cielo” nos dice (Lc 6, 46). Se trata de “resistir a los embates del mundo”, y más aún, “poner manos a la obra” en una tarea que está estrechamente vinculada al Reino que en Jesús se hace presente.

¿Qué significa, pues, “construir sobre roca” para poder poner en práctica la voluntad del Señor? Creo que la idea de “sabiduría” nos permite empezar a abrirnos camino en nuestra búsqueda. Si la tarea, la tarea concreta que tenemos entre manos, la tarea educativa en el contexto de reconstrucción de la comunidad, requiere de un sólido compromiso subjetivo y también de un serio y lúcido discernimiento objetivo, entonces tendrá que estar presidida por una Sabiduría intelectual, afectiva, práctica que ponga plenamente en juego el modelo de Jesús en esos tres planos. Confesar a Cristo como el Señor, ser sus apóstoles en la difusión del Evangelio y en la puesta en marcha de su Reino, implica necesariamente construir sobre la roca de la Sabiduría encarnada el edificio de nuestra identidad cristiana y docente y de nuestra acción educativa.

En este punto, al cual sin duda todos habremos llegado al responder a nuestra vocación, pueden

cruzarse algunos malentendidos que dan lugar a verdaderas tentaciones.

La primera es la de quedarnos en una concepción meramente “piadosa” de la Sabiduría encarnada en Jesús de Nazaret. Hacer de ella sólo una experiencia “interior”, “subjetiva”, dejando de lado el costado “objetivo”, la mirada real sobre el mundo, el movimiento del corazón a la luz de esa comprensión, la concreta determinación que incluye la creación de mediaciones eficaces para aproximarnos al ideal. Es la tentación permanente de las tendencias “pseudomísticas” de la existencia cristiana.

Esta perspectiva, sin dejar de constituir uno de los aspectos del Misterio cristiano (y de toda mística religiosa), termina reduciéndose a una especie de elitismo del espíritu, a una experiencia extática de “elegidos” que rompe con la historia real y concreta. Las “elites” ilustradas, por dinamismo interno, nos despojan del sentido de pertenencia a un pueblo, en este caso el pueblo de Dios que ahora es la Iglesia. Las “elites” ilustradas clausuran todo horizonte que nos provoca a seguir andando y revierten nuestra acción hacia adentro, en un inmanentismo sin esperanza. En la base de este elitismo del espíritu, despotenciador de toda sabiduría, está la negación de la verdad fundamental de nuestra fe: el Verbo es venido en carne (1Jn. 4, 2)

Tenemos en el Nuevo Testamento un ejemplo concreto de esta acentuación reductiva: la primera comunidad cristiana de Corinto, que motivara una enérgica carta de san Pablo. Estos cristianos de origen griego habían desarrollado una concepción de la fe de tipo “carismática” pero disociando las experiencias “en el Espíritu” (don de lenguas, éxtasis...) de su correlativo compromiso moral y social. San Pablo tendrá que llamarles la atención acerca de esa suerte de “cristianismo espiritual” que perdía conexión con la vida cotidiana en el plano concreto. Se trata de una concepción más apta para desarrollar lo que hoy llamaríamos una religiosidad new age que una auténtica fe en Jesús de Nazaret y su Buena Noticia. En tiempos de orfandad y falta de sentido, como los que hoy vivimos, esta unilateralidad de lo “místico” constituye una experiencia sin duda consoladora y benéfica. Pero lo cierto es que, al cabo de un tiempo, el misterio de la condición pecadora del ser humano desmiente las pretensiones de “elevación por encima de lo mundano” que esta deficiente espiritualidad implica, y le obliga a revelar su faceta oculta de mentira y autoengaño.

¿De qué modo afectará a nuestra tarea en el aula una acentuación semejante de la sabiduría cristiana? Entre otras formas, a través de una concepción mágica de la fe y a veces de los sacramentos. No tengo intención en este punto, de analizar la vida sacramental de nuestras comunidades educativas. Menciono algunas situaciones que se dan, entre las varias posibles: rutina y ausencia.

A veces absolutizamos los signos del encuentro con Dios hasta el punto de descuidar lo que esos signos deberían significar, no hacemos otra cosa que invalidarlos, hacerles perder consistencia, mecanizarlos. En la misma línea, hemos confiado a veces demasiado en la exaltación de lo emocional en la convivencia catequística, en el retiro de jóvenes, en el buen momento vivido en el día de la familia... Momentos de gratuidad, sí, de fiesta y alegría, pero por momentos tan inconsistentes... La alabanza y gozo en el Señor no son “instrumentos” o “medios” para nada sino que expresan el resplandor de una vida verdaderamente evangélica, el descanso en el camino efectivamente transitado, el anticipo de la felicidad esperada.

Finalmente, otra forma de parecernos a los corintios de san Pablo: el culto a la espontaneidad... traducida en improvisación. La justa crítica de lo burocrático, de la formalidad porque sí, del

apego al procedimiento y al reglamento, la prioridad del “espíritu” sobre la “letra”, también nos puede llevar a la mediocridad y la inoperancia, cuando no al mero culto de la personalidad y, en definitiva, a la deserción de la misión que se nos ha encomendado, haciéndola naufragar en una lamentable parodia de comunidad viva y creativa que, como la mentira, tiene patas cortas.

En el otro extremo, la Sabiduría cristiana se convierte en un hecho predominantemente “objetivo”, una “bandera” que, sobre el icono del Cristo histórico que no permaneció en el sepulcro sino que fue exaltado como Señor, perfila un nuevo orden social y cultural observable, una serie de certezas identificadas con alguna realización histórica concreta. La “objetividad” de la Resurrección de Cristo, según esta concepción reductiva, daría lugar a la “objetividad” de su triunfo en la historia, al modo de una identificación entre el Reino de Dios y el de este mundo, que una y otra vez se reedita en la historia de la Iglesia y que, ya en lo albores del cristianismo, mereció una importante página crítica del Evangelio de Juan en el diálogo entre Jesús y Pilato (Jn 18, 33- 37). En efecto, ¿por qué renunciaría Jesús a convocar a sus ángeles para defender su Reino? Porque ese Reino “no era de este mundo”, no se trataba de otra alternativa política, social o cultural fatalmente atada a la caducidad de todo lo que nace, crece y muere en el tiempo.

Y si el cristianismo “místico” daba lugar a una especie de elitismo o de “celebración del narcisismo”, su opuesto, el extremo “histórico” le abre las puertas a un “autoritarismo del espíritu” que, al igual que el anterior, termina indefectiblemente tocando la “carne” de los seres humanos. Porque la condición histórica como conflicto de subjetividades, como campo ambiguo donde las cosas nunca son absolutamente blancas o negras (cf. la parábola del trigo y la cizaña) siempre hace caer por tierra los órdenes “perfectos” y “definitivos” y los obliga a mostrar la capacidad de maldad que les es propia. Finalmente, asoma la voluntad de dominio que el ser humano lleva adentro, en este caso camuflada por la contemplación del triunfo de Cristo sobre la muerte.

También esto puede afectar (y distorsionar seriamente) nuestro servicio en la tarea educativa. Es claro (aunque no falte quien pueda sostener lo contrario todavía hoy) que un modelo de identidades históricas rígidas, carente de lugar para el disenso e incluso para opciones y orientaciones diversas y plurales, no puede ya tener lugar, al menos en nuestras sociedades occidentales. El lugar de la subjetividad en la cultura moderna, reconociendo desvíos y desvaríos, es ya una conquista de la humanidad, en este desarrollo del concepto de persona humana como sujeto de una libertad inviolable no ha sido ajena la inspiración evangélica. En el mismo plano religioso, la dignidad humana exige un tipo de propuesta y adhesión a las creencias que está muy lejos de la imposición de una letra inmanente indiscutible que encadene o amengüe la búsqueda personal de Dios, poniendo en juego la rica dotación que recibió el ser humano para semejante aventura.

De ningún modo deben aspirar nuestras escuelas a formar un hegemónico ejército de cristianos que conocerán todas las respuestas, sino que deben ser el lugar donde todas las preguntas son acogidas, donde, a la luz del Evangelio, se alienta justamente la búsqueda personal y no se la obtura con murallas verbales, murallas que son bastante débiles y que caen sin remedio poco tiempo después. El desafío es mayor: pide hondura, pide atención a la vida, pide sanar y liberar de ídolos... y cabe aquí la precisión: tanto la concepción “mística” como la “histórico-política” configuran un triunfalismo, verdadera caricatura del real triunfo de Cristo sobre el pecado y la muerte.

c) Dimensiones de la sabiduría cristiana

Pero entonces, ¿cómo podemos avanzar en una comprensión positiva de la Sabiduría cristiana? Sabemos que no es posible aquí más que una primera mirada, necesariamente breve y limitada. Nadie puede pretender agotar la infinita riqueza de la Palabra hecha carne en una simple colección de palabras humanas. Se trata, más bien, de invitarlos a buscar, a orar, a profundizar en la Escritura y en las muchas expresiones del magisterio y de la tradición viva de la Iglesia, tratando de descubrir los acentos y relieves propios de una fe que se hace vida para el mundo de hoy. Quiero exhortarlos a una mirada más atenta y vigilante de los signos de los tiempos, a un nuevo fortalecimiento de la oración y reflexión comunitaria, a recrear aquel diálogo de salvación que, en diversos momentos de la historia, dio frutos de santidad y abrió instancias impensadas de evangelización y renovación. Esto nos reclama hacernos tiempo para lo común, para abrirnos con seriedad y entusiasmo a construir junto a los otros, poniendo el corazón.

En este sentido, permítanme compartir, como Pastor, algunas ideas que puede ser valioso tener en cuenta. Simplemente, algunos aspectos en que la persona y la palabra de Jesús le dan forma al ideal de sabiduría esbozado más arriba.

En primer lugar, la sabiduría cristiana como verdad. Jesús mismo se define de esa manera (Jn 14,6). Tenemos que avanzar hacia una idea de verdad cada vez más incluyente, menos restrictiva; Al menos, si estamos pensando en la verdad de Dios y no en alguna verdad humana por más sólida que nos parezca. La verdad de Dios es inagotable, es un océano del cual apenas vemos la orilla. Es algo que estamos empezando a descubrir en estos tiempos: no esclavizarnos a una defensa casi paranoica de “nuestra verdad” (si yo la “tengo”, él no la “tiene”; si él “puede tenerla”, entonces es que yo “no la tengo”). La verdad es un don que nos queda grande, y justamente por eso nos agranda, nos amplifica, nos eleva. Y nos hace servidores de tal don. Lo cual no entraña relativismos, sino que la verdad nos obliga a un continuo camino de profundización en su comprensión.

El Evangelio de Jesús nos ofrece verdad: acerca de Dios, de un Dios que es Padre, de un Dios que viene al encuentro de los suyos, de un Dios libre y liberador que elige, llama y envía. Releamos las parábolas y comparaciones del Reino: hablan de Dios. Dios sale a los caminos porque preparó una fiesta y quiere que todos la disfruten; Dios está escondido en lo pequeño y lo que crece, aunque no sepamos verlo. Dios es infinitamente generoso, espera hasta el último momento y va en busca de los que se extraviaron. Paga en demasía a los obreros de la última hora y no mezcua tampoco su amor a los de la primera y al hermano del hijo pródigo: por el contrario, los tiene siempre junto a él y los invita a trascenderse a sí mismos y parecerse a él.

Dios... ¡qué podemos decir, que no quede superado por la infinitud de lo que Él es! Cuando volvemos a beber en el pozo del Evangelio, al instante nos damos cuenta de lo patéticas que han sido, a lo largo de la historia, las “representaciones” de Dios que los hombres hemos manufacturado, muchas veces a nuestra imagen. Pero todavía hay más: estamos hablando de un Dios que no se quedó instalado en su “divinidad”. Todo lo que podemos decir de él ha tenido y tiene un “modo humano” de existir: el de Jesús de Nazaret. Ese Padre infinitamente misericordioso y salvador no es una figura inalcanzable: realizó su obra en las acciones y palabras del Maestro.

De modo que la Sabiduría cristiana es también verdad sobre el hombre. Sobre el Dios-Hombre, y sobre el hombre llamado a vivir la condición divina. Este es un mensaje siempre nuevo y siempre

actual: aun en tiempos de globalización tecnológica, donde todo lo humano parece reducirse a bits y parecería que se ha decidido dejar a muchos afuera del “reino” que se organiza, hay una palabra de sabiduría que nos insiste una y otra vez, al oído y a los cuatro vientos, desde los púlpitos y los areópagos y también desde los gólgotas y los muchos infiernos de este mundo, acerca de la fidelidad incommovible de un Dios que quiso ser hombre para que los hombres seamos como Dios. Y esto justamente por el camino inverso al sugerido por la Serpiente en el Edén.

Me pregunto si los que hoy tenemos la misión de enseñar logramos ponderar toda la belleza y explosividad de esta verdad sobre Dios y sobre el hombre que hemos recibido. Hace ya más de un siglo (este año se cumplen 110 años de su muerte), un cristiano encarnó su vocación de docente, periodista y político desde estas convicciones, asumiendo plenamente su condición de creyente y de hombre de su tiempo, sin dualismos ni reticencias. Me refiero a José Manuel Estrada y creo que es importante rescatar su figura no sólo desde las luchas concretas en que vehiculizó su fidelidad a la Iglesia y su amor a la Patria, sino desde el hecho mismo de que entendió la verdad cristiana como un potencial inmenso de elevación de la humanidad y no se conformó con menos: para él, no se trataba de “aguantar” el viento y las lluvias, sino de potenciar sus capacidades al servicio de la construcción de una sociedad nueva.

Plenamente en su tiempo, compartió el interrogante acerca del sentido de la vida humana y apuntó certeramente al punto donde ese sentido se vuelve interrogante e invitación a la búsqueda par todo hombre de buena voluntad:

Las ciencias de observación, ya pertenezcan al orden material como la química, ya pertenezcan al orden moral como la filosofía, clasifican hechos, definen fenómenos, formulan acaso sus leyes inmediatas y secundarias; pero son impotentes para descubrir el enlace superior que las vincula, dentro de sus condiciones metafísicas de producción, a una armonía universal, sumisa a una ley excelsa. (...) Si la ignorancia del hombre consistiera tan sólo en la impotencia para apreciar los fenómenos y sus condiciones, el naturalismo bastaría para disiparla gradualmente. Pero ni de la mente del cristiano, ni de la mente del ateo lógico, ni del espíritu de quien se eleva un ápice sobre el nivel en que, por exceso de la primitiva gradación, la animalidad pura y la barbarie se confunden casi indisolublemente, desaparecerá jamás, aun agotadas todas las curiosidades del mundo visible y escondido al por qué circunstancial de todos los hechos experimentales, esta otra curiosidad: ¿qué soy yo?, ni esta otra: ¿de dónde vengo?, ni, por fin, este angustioso problema centro de las dulzuras de la fe y de las congojas punzantes de la incredulidad o de la duda: ¿a dónde voy?...

Pero la sabiduría cristiana, y Estrada testimonia también esto, no se queda en discurso. La dimensión de Verdad va de la mano con la de Vida y Camino. Los “tres lados” de la sabiduría alcanzan su resolución evangélica en Jesús y también en aquellos que siguieron sus pasos. La Verdad sobre Dios y sobre el hombre es principio de otra forma de valorar el mundo, el prójimo, la propia vida, la misión personal; es principio de otro Amor. Y, necesariamente, es principio de orientaciones éticas y opciones históricas que dan forma a una encarnación concreta de la Sabiduría en el tiempo que nos toca vivir.

Los invito a que sigamos adelante, reflexionando acerca de algunos modos en que la sabiduría cristiana podría modelar nuestra vocación docente, traduciendo en valoraciones de fondo y en prácticas concretas la Verdad revelada.

II. MAESTROS CON EL MAESTRO

Primero, recordemos el punto de partida de nuestra meditación: los cristianos comprometidos en la tarea educativa tenemos hoy una importante responsabilidad y, al mismo tiempo, una oportunidad de poner en juego nuestro aporte. Por eso, es necesario “acertar” en los objetivos a priorizar, sobre la base de una sabiduría madurada en la experiencia del encuentro con el Señor. Para eso no está de más volver a hacerse la pregunta fundamental: ¿para qué educamos? ¿Por qué la Iglesia, las comunidades cristianas, invierten tiempo, bienes y energías en una tarea que no es directamente “religiosa”? ¿Por qué tenemos escuelas, y no peluquerías, veterinarias o agencias de turismo? ¿Acaso por negocio? Habrá quienes así lo piensen, pero la realidad de muchas de nuestras escuelas desmiente esa afirmación. ¿Será por ejercer una influencia en la sociedad, influencia de la cual luego esperamos algún provecho? Es posible que algunas escuelas ofrezcan ese “producto” a sus “clientes”: contactos, ambiente, “excelencia”. Pero tampoco es ése el sentido por el cual el imperativo ético y evangélico nos lleva a prestar este servicio. El único motivo por el cual tenemos algo que hacer en el campo de la educación es la esperanza en una humanidad nueva, en otro mundo posible. Es la esperanza que brota de la sabiduría cristiana, que en el Resucitado nos revela la estatura divina a la cual estamos llamados.

Con el lenguaje y la teología de su tiempo, Estrada planteaba claramente esta finalidad de la tarea educativa desde la perspectiva cristiana: ¿Veis afanados a los hombres de este siglo por un anhelo inagotable de perfección? También nosotros amamos el progreso y la perfección, mas una perfección adecuada al hombre en la totalidad de su destino y de su índole moral. Es excelente la ciencia, y la aplaudo y la amo, porque es ley del hombre dominar la naturaleza; pero también es ley nuestra aspirar a fines suprasensibles e inmortales; y la purificación del alma y su unión con Dios, requiere la adopción de medios sobrenaturales como estos fines. La condición y sumo objeto de todo progreso es la restauración de lo sobrenatural en los hombres por la virtud de Cristo. Napoleón lo adivinaba: educar es crear.

Si nuestras escuelas no son el espacio donde se está creando otra humanidad, donde arraiga otra sabiduría, donde se gesta otra sociedad, donde tienen lugar la esperanza y la trascendencia, estamos demorando un aporte único en esta etapa histórica. Si en ellas no se privilegian la palabra y el amor por sobre los mecanismos del dominio y la rivalidad, no podemos hablar de escuela cristiana. Si en ellas la “excelencia” no se entiende como excelencia de la caridad, que supera a todas las demás “virtudes” (y habilidades), lejos está la Resurrección de nuestras casas.

Todo esto no es mera poesía. De hecho muchos de los “valores” vigentes en nuestra sociedad pierden de vista esta Verdad inclusiva y trascendente que constituye la cifra del hombre y la comunidad. La escuela puede ser simplemente la transmisora de esos “valores” o la cuna de otros nuevos; pero eso supone una comunidad que cree y espera, una comunidad que ama, una comunidad que realmente está reunida en el nombre del Resucitado. Antes que las planificaciones y currículas, antes que la modalidad específica que los códigos y reglamentos puedan tomar, es preciso saber qué es lo que queremos generar. Sé también que para esto debe implicarse el conjunto de la comunidad docente, comulgar con fuerza en un mismo sentir, apasionándose por el proyecto de Jesús y tirando todos para el mismo lado.

Muchas instituciones promueven la formación de lobos, más que de hermanos; educan para la competencia y el éxito a costa de los otros, con apenas unas débiles normas de “ética”, sostenidas por paupérrimos comités que pretenden paliar la destructividad corrosiva de ciertas prácticas que “necesariamente” habrá que realizar. En muchas aulas se premia al fuerte y rápido y se desprecia al débil y lento. En muchas se alienta a ser el “número uno” en resultados, y no en compasión.. Pues bien, nuestro aporte específicamente cristiano es una educación que testimonie y realice otra forma de ser humanos. Pero eso no será posible si nos limitamos simplemente a “aguantar” las “lluvias”, “torrentes” y “vientos”, si nos quedamos en la mera crítica y nos regodeamos en estar “afuera” de aquellos criterios que denunciarnos. Otra humanidad posible... exige una acción positiva; si no, siempre va a ser “otra” meramente invocada, mientras “ésta” sigue vigente y cada vez más instalada.

Considero que una postura más activa exige indefectiblemente que logremos superar algunas antinomias que, más que clarificarnos, nos paralizan. Algunos antagonismos rígidos terminan extremando tanto los claroscuros que “regalan” potencialidades a aquellas orientaciones que consideramos más negativas. Un compromiso real, decidido y responsable nos invita a dar un paso más en nuestro discernimiento y superar algunos clichés muy arraigados en nuestras comunidades. Para ello, entonces, les propongo tres desafíos encadenados entre sí: tender a que nuestra tarea dé frutos sin descuidar los resultados; privilegiar el criterio de gratuidad sin perder eficiencia; y crear un espacio donde la excelencia no implique una pérdida de solidaridad.

a) “Frutos” y “resultados”

Nuestra tarea tiene una finalidad: provocar algo en los alumnos que nos han sido confiados; provocar un cambio, un crecimiento en sabiduría. Deseamos que, luego de pasar por nuestras aulas, los chicos o jóvenes hayan vivido una transformación, tengan más conocimientos, nuevos sentimientos, y al mismo tiempo ideales realizables. Para el docente que quiere ser maestro de sabiduría no basta “cumplir con sus obligaciones” con prolijidad y atención. La mirada va más allá de la necesaria competencia y probidad profesional, más bien se centra en lo que suscita en los educandos que son quienes constituyen la razón de ser de su vocación.

Esa “transformación” que deseamos y esperamos, para la cual ponemos en juego toda nuestra capacidad, tiene múltiples aspectos que deben ir unidos para que implique algo mejor. De un modo quizás esquemático, pero útil para entendernos, podemos ubicarlos en dos dimensiones que se llaman mutuamente: “producir resultados” y “dar frutos”.

¿Qué implican ambos objetivos? “Dar frutos” es una metáfora que tomamos de la agricultura, es el modo en que lo nuevo se hace presente en el mundo de los seres vivientes. También podríamos usar la imagen del “engendrar”: dar vida a un nuevo ser. Como sea, vegetal o animal, la idea apunta a un proceso interior en los sujetos. El fruto se forma a partir de la misma identidad del viviente, se alimenta de aquellas fuerzas que ya han pasado a formar parte de su ser, se enriquece con las múltiples identificaciones internas y es algo único, sorprendente, original. La naturaleza no da dos frutos exactamente iguales. Del mismo modo, un sujeto que “da frutos” es alguien que ha madurado su creatividad en un proceso de libertad, gestando algo nuevo a partir de la verdad recibida, aceptada y asimilada.

¿Cómo se vincula esto con nuestro trabajo concreto? Un maestro que sapiencialmente apunta a que su tarea “dé frutos” nunca se limitará a esperar algo predeterminado conformándose con que

el sujeto se adecue a un molde considerado deseable. No descartará lo diferente y lo que pone en cuestión alguna de sus prácticas habituales. No se engañará con el cumplimiento sobreadaptado y sin cuestionamiento por parte de sus alumnos. Sabe que una pregunta del alumno vale más que mil respuestas, y alentará las búsquedas sin dejar de estar atento a los riesgos que estas implican. Ante el cuestionamiento y la rebeldía no pretenderá doblegar e imponer, sino que promoverá la responsabilidad a través de una crítica inteligente, desde una disposición abierta y flexible que no duda en aprender enseñando y enseñar aprendiendo. Y cuando se encuentre con el fracaso o el error, lejos de negarlo o remarcarlo victoriosa o amargamente, retomará pacientemente el proceso en el punto en que se vio obstaculizado o desviado, promoviendo el paciente aprendizaje y aprendiendo él mismo.

Por su parte, la metáfora de la “producción de resultados” pertenece al ámbito de la industria, de la eficacia seriada y calculable. Un resultado se puede prever, planificar y medir. Implica un control sobre los pasos que se van dando. Un set de acciones perfectamente determinadas que tendrán un efecto previsible.

Una sociedad que tiende a convertir el hombre en una marioneta de la producción y el consumo siempre opta por los resultados. Necesita control, no puede dar lugar a la novedad sin comprometer seriamente sus fines y sin aumentar el grado de conflicto ya existente. Prefiere que el otro sea completamente previsible a fin de adquirir el máximo de provecho con el mínimo de gasto.

Pero la sabiduría no sólo implica la maduración en el orden de los contenidos y valores, sino también de las habilidades. Toda transformación verdadera en orden a ese otro mundo posible a que aspiramos implica también un saber hacer, una competencia instrumental que es preciso incorporar comprendiendo su lógica. Nuestros alumnos tienen derecho, ante todo, a su propia autonomía y unicidad; pero también a desarrollar habilidades socialmente reconocidas, probadas, en orden a poder plasmar en el mundo real sus deseos y aportes. El maestro que arraiga en la sabiduría cristiana no desprecia la necesaria eficacia que debe alcanzar, con todo el esfuerzo que eso conlleva para él y para los alumnos. Sabe que para pasar de las “buenas intenciones” a las realizaciones hay que transitar el arduo sendero de la técnica, la disciplina, la economía de esfuerzos, la incorporación de experiencias de otros, y es capaz de perseverar con sus alumnos en ese camino a pesar de que tanto él como ellos preferirían a veces tomar un atajo o quedarse en algún remanso.

El problema radica en que muchas veces los cristianos hemos disociado los “frutos” de los “resultados”. De ese modo, descuidamos nuestra formación, aflojamos el nivel cuando sería mejor para los alumnos que encontráramos la forma de motivar y sostener el esfuerzo; nos conformamos con lograr un buen clima y con establecer buenos vínculos, en vez de construir sobre ese entramado una dinámica de creatividad y productividad. O, por el contrario, nos refugiamos en conductas estereotipadas, creencias correctamente formuladas, expresiones acordes a la norma... todo ello desde una libertad más “domada” que fortalecida, ¡pensando que con ello hemos “educado”!

Nada peor que una institución educativa cristiana que se conciba desde la uniformidad y el cálculo, al modo de aquella “máquina de hacer chorizos” tan crudamente caricaturizada por la película *The Wall* hace ya varios años. ¡Nuestro objetivo no es sólo formar “individuos útiles a la sociedad”, sino educar personas que puedan transformarla! Esto no se logrará sacrificando la

maduración de habilidades, la profundización de los conocimientos, la diversificación de los gustos, porque, finalmente, el descuido de esos “resultados” no dará lugar a “hombres y mujeres nuevos”, sino a flácidos títeres de la sociedad de consumo.

Se trata de resolver ambas polaridades integrándolas entre sí: “educar para el fruto” brindando todas las herramientas posibles para que ese fruto se concrete en cada momento de un modo eficaz, “produciendo resultados”. Desde la objetividad de la verdad proponemos ideales y modelos abiertos, inspiradores, sin imprimir el formato que nosotros hemos encontrado para vehiculizar esa dinámica, desarrollando a su vez las mediaciones necesarias para que los chicos puedan motorizar sus elecciones. Prefiramos educandos libres y responsables, capaces de interrogarse, decidirse, acertar o equivocarse y seguir en camino, y no meras réplicas de nuestros propios aciertos..., o de nuestros errores. Y justamente para ello, seamos capaces de hacerles ganar la confianza y seguridad que brota de la experiencia de la propia creatividad, de la propia capacidad, de la propia habilidad para llevar a la práctica hasta el final y exitosamente sus propias orientaciones.

Esto supone creer seriamente en todas las instancias del diálogo, en la fuerza de la palabra. Una palabra no idealizada: una palabra que pueda alentar y urgir, abrir puertas y establecer límites, invitar y perdonar. Todo lo cual supone también algunas virtudes sumamente difíciles: humildad para saber relativizar las propias posturas, paciencia para saber esperar los tiempos del otro y magnanimidad para perseverar y no decaer en el esfuerzo por dar lo mejor.

b) Gratuidad con eficiencia

Con mucha razón, los cristianos procuramos privilegiar en nuestras escuelas el criterio de gratuidad. En primer lugar, por su valor intrínseco: es el signo por excelencia del amor de Dios y del amor entre los seres humanos según el modelo incondicional de Cristo. Y en segundo lugar, porque conocemos y padecemos las consecuencias de la extensión de los criterios economicistas a toda actividad humana.

Si por eficiencia entendemos obtener los máximos resultados con un mínimo de gasto de energía y recursos, es obvio que una educación para el fruto, para el valor y para la libertad tenderá a replantear todas esas relaciones. Sin duda, la energía invertida en nuestros niños y jóvenes será inmensa y los resultados no siempre serán los deseados. Es más, en última instancia, el fruto dependerá de cada sujeto, lo cual no nos exime de evaluar nuestra tarea.

Un criterio de eficiencia librado a sí mismo nos llevaría a invertir más allí donde más garantía tenemos de éxito. Exactamente lo que hace el vigente modelo exitista y privatista. ¿Para qué gastar en aquellos que nunca saldrán de su postración?, se pregunta el inversor que busca rendimiento ante todo. ¿Qué sentido tiene invertir más y más para que los más “lentos” o “conflictivos” puedan encontrar su camino?, ¿para que los “menos dotados” (y ahora se quiere contabilizar también la genética para determinar “quiénes no”) “dilapiden” los bienes de la comunidad, ya que de todas maneras nunca van a alcanzar el nivel requerido?

Pero esta lógica de mal humanismo pedagógico se trastoca cuando consideramos el núcleo de nuestra fe: el Hijo de Dios se hizo hombre y murió en la cruz por la salvación de los hombres. ¿Cuál es la proporción entre la “inversión” hecha por Dios y el objeto de ese “gasto”? Podríamos decir sin ser irreverentes: no hay nadie más “ineficiente” que Dios. Sacrificar a su Hijo por la

humanidad, y humanidad pecadora y desagradecida hasta el día de hoy... No cabe dudas: la lógica de la Historia de la Salvación es una lógica de lo gratuito. No se mide por “debe” y “haber”, ni siquiera por los “méritos” que hacemos valer.

Porque leemos en el Evangelio que el grano de mostaza, tan pequeña semilla, se convierte en un enorme arbusto y captamos la desproporción entre la acción y su efecto, entonces sabemos que no somos dueños del don y procuramos ser administradores cuidadosos y eficientes. Debemos ser eficientes en nuestra misión porque se trata de la obra del Señor, y no primordialmente de la nuestra. La Palabra sembrada fructifica según su propia virtualidad y de acuerdo a la tierra donde cae. No por eso el sembrador va a hacer su trabajo con torpeza y descuido. El correlato de la gratuidad divina es la adoración y agradecimiento del hombre; adoración y agradecimiento que implican un sumo respeto por la sabiduría compartida, por el don precioso de la Palabra y de las palabras.

No nos confundamos: la eficiencia como valor en sí, como criterio último, no se sostiene de ningún modo. Cuando hoy, en el ámbito de la empresa, se pone el acento en la eficiencia, está claro que se trata de un medio para maximizar la ganancia. Pues bien: nosotros debemos ser eficientes para que la “ganancia” pueda darse gratuitamente. Eficiencia al servicio de una tarea educativa que sea verdaderamente gratuita. No me refiero aquí a aranceles y aportes (¡si pudiéramos encontrar la fórmula para que los pobres más pobres pudieran ejercer sus derechos ciudadanos de elegir nuestros colegios porque también son gratuitos!), sino más bien a una actitud de fondo que la presida. Ni el sentido ni la eficacia de nuestra tarea están dadas principalmente por los recursos utilizados y su cálculo; pero precisamente por eso debemos poner lo mejor de nuestra parte. También Jesús tuvo en cuenta esa dimensión: no en vano enseñó la parábola de los talentos...

Esto nos compromete seriamente, como docentes cristianos, a dar gratuitamente y cuidadosamente lo que gratuitamente y cuidadosamente hemos recibido, del mismo modo también tiene que formar parte del contenido de aquello que transmitimos. El maestro que quiera hacer de la sabiduría cristiana su principio de vida y el sentido y contenido de su vocación, pondrá su atención en el clima del aula y de la institución toda, en las actitudes que asuma y promueva, en el estilo de los intercambios cotidianos, buscando plasmar en todo ello una atmósfera de gratuidad, cuidado y generosidad. Nunca una atmósfera de interacciones calculadas, medidas e interesadas, aunque a veces sienta la tentación de mezquinar su entrega. Ni tampoco una atmósfera de descuido y desprecio por los bienes, el tiempo, la sensibilidad y el esfuerzo de cada uno de los interlocutores en su tarea: alumnos, colegas, colaboradores, familias. Aunque la cultura profundamente insolidaria en que vivimos lo impulse cotidianamente a encogerse de hombros diciendo “qué me importa”, se sentirá profundamente responsable de no dilapidar lo que pertenece a todos: su saber, su escuela con todos los que en ella participan, la vocación docente.

Y con esto llegamos a nuestro tercero y último desafío.

c) Excelencia de la solidaridad

El criterio que rompe con la lógica del individualismo competitivo es, finalmente, el de la solidaridad. Aquí es donde el aporte de los educadores cristianos puede tornarse más crítico y relevante, porque, más allá de los discursos, la “ética” de la competencia (que no es más que una

instrumentación de la razón para justificar la fuerza) tiene plena vigencia en nuestra sociedad.

Educar para la solidaridad supone no sólo enseñar a ser “buenos” y “generosos”, hacer colectas, participar en obras de bien público, apoyar fundaciones y ong's. Es preciso crear una nueva mentalidad, que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos y cada uno por sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. Una mentalidad nacida de aquella vieja enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia acerca de la función social de la propiedad o del destino universal de los bienes como derecho primario, anterior a la propiedad privada, hasta el punto que ésta se subordina a aquél. Esta mentalidad debe hacerse carne y pensamiento en nuestras instituciones, debe dejar de ser letra muerta para plasmarse en realidades que vayan configurando otra cultura y otra sociedad. Es urgente luchar por el rescate de las personas concretas, hijos e hijas de Dios, por sobre toda pretensión de uso indiscriminado de los bienes de la tierra.

La solidaridad, entonces, más que una actitud “afectiva” o individual, es una forma de entender y vivir la actividad y la sociedad humana. Debe reflejarse en ideas, prácticas, sentimientos, estructuras e instituciones; implica un planteo global acerca de las diversas dimensiones de la existencia; lleva a un compromiso por plasmarla en las relaciones reales entre los grupos y las personas; exige no sólo la actividad “privada” o “pública” que busca paliar las consecuencias de los desequilibrios sociales sino también la búsqueda de caminos que impidan que esos desequilibrios se produzcan, caminos que no serán sencillos ni mucho menos festejados por quienes han optado por un modelo de acumulación egoísta y de él se han beneficiado.

Esta solidaridad esencial pasa a ser una especie de “marca de fábrica”, de “certificado de autenticidad” del estilo cristiano, de aquella forma de vida y aquella forma de llevar adelante la tarea educativa. No necesitamos de ninguna ideología crítica al cristianismo para plantear nuestra novedad. O somos capaces de formar hombres y mujeres con esta nueva mentalidad, o habremos fracasado en nuestra misión. Esto implicará también revisar los criterios que han guiado nuestras acciones hasta el día de hoy. Cabe cuestionarnos:

¿Dónde está entre nosotros, esa solidaridad hecha cultura? No podemos negar que existen múltiples signos de generosidad en nuestro pueblo; pero, ¿por qué no se plasman en una sociedad más justa y fraterna? ¿Dónde está, entonces, la marca del Resucitado en el país que hemos construido?

Quizá se trate, una vez más, de una disociación entre los fines y los medios. Pero esta afirmación merece un desarrollo un poco más detallado. Ya mencioné que hoy se habla mucho de “excelencia” a veces desde una concepción insolidaria y elitista. Los que “pueden” reclaman “excelencia” porque “para ello pagan”. Éste, lamentablemente, es un discurso demasiado oído como para ignorarlo. El problema está que nunca se pregunta seriamente qué pasa con los que “no pueden”, y mucho menos, cuáles son las causas que hacen que unos “sí puedan” y otros “no puedan”. Como tantas otras cosas debidas a una larga cadena de acciones y decisiones humanas, esa situación se considera un “dato”, algo tan natural como la lluvia o el viento.

Ahora bien, ¿qué pasaría si diéramos vuelta el planteo, y nos propusiéramos alcanzar una excelencia de la solidaridad? El diccionario de la Real Academia define “excelencia” como “superior calidad o bondad que hace digno de singular aprecio y estimación algo”. Yendo más allá, sabemos que en la antigua Grecia la excelencia era un concepto muy cercano a la virtud: la perfección en algún orden socialmente valorado. No sólo el “aprecio”, sino aquello que lo merece:

la superior capacidad que se pone de manifiesto en la calidad de la acción. De este modo, hablar de “excelencia de la solidaridad” implicaría, en un primer nivel, postular la solidaridad como un bien deseable, enaltecer el valor de esa disposición y esa práctica. Conlleva ante todo hacer bien lo que nos compete y partir del espíritu de la misión propia de todo maestro, que empieza -como el mismo Jesús lo señaló al lavar los pies a sus discípulos- por una profunda conversión personal, afectiva y efectiva, que se traduzca en testimonio: “Si yo, que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes” (Jn 13, 14-15).

En segundo lugar, perfeccionar esa solidaridad. Hay momentos en que se nos pide dar más, avanzar por sobre lo que veníamos trabajando y brindando por imperio o reclamo de la misma realidad acuciante. Podríamos hablar de una solidaridad “superficial” y una solidaridad “fecunda”. La primera la conocemos: meras declaraciones, ostentación de generosidad, ayudas puntuales que a veces hipócritamente esconden la verdadera raíz de los problemas... O, sin ir tan lejos, mero sentimentalismo, falta de visión, superficialidad e ingenuidad. Por el contrario, la excelencia de la solidaridad implicaría todo un modo de pensar y de vivir, como decíamos más arriba; y más: una preocupación efectiva por hacer de nuestras prácticas solidarias acciones que realmente produzcan un cambio.

Aquí visualizamos una posible razón de lo que parece una “impotencia de la solidaridad”. No basta con ser “buenos” y “generosos”: hace falta ser inteligentes, capaces, eficaces. Los cristianos hemos puesto tanto el acento en la rectitud y sinceridad de nuestro amor, en la conversión del corazón, que por momentos hemos prestado menos atención al acierto objetivo en nuestra caridad fraterna. Como si lo único importante fuera la intención... y se descuidan las mediaciones adecuadas. Esto no basta; no basta para nuestros hermanos más necesitados, víctimas de la injusticia y la exclusión, a quienes “el interior de nuestro corazón” no los ayuda en su necesidad. Ni tampoco basta para nosotros mismos: una solidaridad inútil sólo sirve para paliar un poco los sentimientos de culpa. Se necesitan fines elevados... y medios adecuados.

Así vemos, finalmente, que no hay por qué oponer solidaridad y excelencia, si las entendemos de este modo. Un maestro sapiencialmente arraigado en el modelo de Jesús de Nazaret será capaz de discernir en su propio corazón los motivos de su compromiso y su entrega, y encontrará en su vocación, en sus capacidades personales y en una activa preocupación por la formación y la reflexión personal y comunitaria, el modo de generar un cambio en sus educandos, en pos de una sociedad incluyente y fraterna. Y lo hará con iniciativas concretas que vayan desde el tipo de trato que mantiene y promueve con cada uno de sus alumnos hasta su participación en la comunidad educativa en un sentido más integral; desde su espíritu de compañerismo y solidaridad en el trabajo hasta la firmeza de sus opciones éticas y espirituales, procurando siempre descubrir, a partir de una mirada que conjugue inteligencia y amor lo mejor de cada uno de sus chicos para promover en ellos la “excelencia” de la virtud, la vocación personal a través de la cual estarán llamados a vivir y sembrar el Reino.

De esta manera llegamos al final de nuestra reflexión. Pensando en aquello que hoy podemos y debemos aportar a nuestra Patria pusimos en el centro de nuestra consideración la dimensión de Sabiduría que el Evangelio de Jesús revela. ¡Un ideal digno de presidir el mejor de los empeños educativos! La Sabiduría cristiana, Verdad, Vida y Camino, nos iluminó a la hora de discernir algunas orientaciones éticas y opciones históricas para nuestra tarea docente.

No quedarnos en palabras sino construir sobre roca, significará tomarnos en serio el sentido de nuestra misión: si en nuestras escuelas no se gesta otra forma de ser humanos, otra cultura y otra sociedad, estamos perdiendo el tiempo. Para avanzar en esa tarea, les propuse el desafío de superar algunas antinomias que no nos permiten crecer:

Primero, proponernos provocar en nuestros chicos y jóvenes una transformación que dé frutos de libertad, autodeterminación y creatividad y -al mismo tiempo- se visualice en resultados en términos de habilidades y conocimientos realmente operativos. Nuestro objetivo no es formar islas de paz en medio de una sociedad desintegrada sino educar personas con capacidad de transformar esa sociedad. Entonces, “frutos” y “resultados”.

Para eso, optar sin vacilación por la lógica del Evangelio: lógica de la gratuidad, del don incondicional, pero procurando administrar nuestros recursos con la mayor responsabilidad y seriedad. Sólo así podremos distinguir lo gratuito de lo indiferente y descuidado. Gratuidad con eficiencia.

Y finalmente, superando la destructiva ética de la competencia “todos contra todos”, llevar adelante una práctica de la solidaridad que apunte a las raíces del egoísmo de un modo eficaz, no quedándonos en meras declamaciones y quejas, sino poniendo nuestras mejores capacidades al servicio de este ideal. Fines elevados y medios adecuados: excelencia de la solidaridad.

Maestros con el Maestro: testigos de una nueva sabiduría, nueva y eterna, porque el Reino que Dios ha puesto en marcha en nuestra historia nos llama a esperar siempre más que todas las búsquedas e intentos que podamos soñar. En esa novedad universal podemos ser semillas de una humanidad mejor, signo de lo que vendrá.

Nuestra vocación no es nada menos que eso. ¿Olvidamos nuestra fragilidad? Por el contrario, ella nos mueve a dejarnos llevar, con confianza de pequeños, por la fuerza de quien nos sostiene y alienta, de quien hace nuevas todas las cosas: el Espíritu Santo. Espíritu que hace presente a Jesús Vivo en cada Eucaristía celebrada, como signo del inagotable amor del Padre; reuniéndonos y enviándonos con audacia a forjar entre todos un país educativo.

Buenos Aires, en la Pascua del Año del Señor 2004

Cardenal Jorge Mario Bergoglio, S.J. arzobispo de Buenos Aires

Agencia Informativa Católica Argentina
Bolívar 218, 3er. piso, 1066 Buenos Aires,
Tel. (011) 4343-4397 (líneas rotativas) - Fax: (011) 4334-4202
E-mail: info@aica.org - Sitio en Internet: www.aica.org
Copyright © 1996 / 2006 AICA. Todos los derechos reservados.